

SEXTO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

La recuperación suele comenzar cuando las estrategias en las que confiábamos para salir adelante finalmente dejaron de funcionar. El control, manejar nuestra imagen y la evasión pueden habernos ayudado a sobrevivir durante un tiempo, pero al final nos dejan desgastados y desconectados. Puede ser que hayamos seguido reglas solamente de manera externa, mientras que nuestra vida interior seguía marcada por el temor, el resentimiento, el secreto o la culpa. La adicción nos enseña a lograr el mínimo necesario para salir adelante, mientras que la recuperación nos propone a algo mucho más honesto y exigente: una vida de integridad en la que nuestro mundo interior y nuestras acciones externas se alinean.

El Evangelio de este domingo continúa con el Sermón de la Montaña que Jesús predica, profundizando en lo que significa vivir con fidelidad. Jesús deja claro que no ha venido a debilitar la Ley de Dios, sino a cumplirla llevándola a nuestro corazón. Él hace mención directa de la brecha que muchos de nosotros conocemos bien: la diferencia entre evitar malas conductas evidentes y el permitir que Dios sane lo que está roto dentro de nosotros (Mateo 5:17, 21-22):

Jesús dijo a sus discípulos: “No piensen que vine para abolir la Ley o los Profetas: yo no he venido a abolir, sino a dar cumplimiento... Han oído que se dijo a los antiguos: No matarás y el que mate será llevado ante el tribunal. Pero yo les digo: Todo el que se enoje con su hermano, será llevado también ante el tribunal.”

En lugar de centrarse solo en el comportamiento externo, Jesús señala a la ira, al desprecio, a la lujuria y a la deshonestidad como los lugares en los que el pecado echa raíces. Esta enseñanza puede resultar incómoda, especialmente para quienes dependemos de la negación o la racionalización para mantenernos en la adicción. Sin embargo, también es profundamente esperanzadora. A Jesús no le interesa descubrir nuestros fracasos. Desea sanarnos desde la raíz para que nuestras vidas puedan dar frutos buenos.

Dar este paso de la conformidad superficial a la honestidad interior, muestra nuestra vivencia de la recuperación. Muchos de nosotros

intentamos durante años manejar nuestra adicción, compulsiones y apegos nocivos, ajustando conductas mientras evitábamos ver las heridas más profundas. La transformación comienza cuando finalmente admitimos la verdad: que nuestras vidas se habían vuelto ingobernables y que no podíamos sanarnos a nosotros mismos. A partir de ahí, la recuperación ya no es solamente cumplir con exigencias, sino que se trata mucho más de permitir que Dios nos cambie de dentro hacia fuera.

La segunda lectura fortalece este cambio de perspectiva. San Pablo nos recuerda que la sabiduría de Dios no opera según los estándares terrenales de éxito o control (1 Corintios 2:6-7):

Hermanos: Es cierto que a los adultos en la fe les predicamos la sabiduría, pero no la sabiduría de este mundo ni la de aquellos que dominan al mundo, los cuales van a quedar aniquilados. Por el contrario, predicamos una sabiduría divina, misteriosa, que ha permanecido oculta y que fue prevista por Dios desde antes de los siglos, para conducirnos a la gloria.

En la recuperación, vamos aprendiendo lentamente que la sabiduría de Dios muchas veces parece poco práctica o incluso absurda ante la visión del mundo. Decir la verdad, reparar el daño, pedir ayuda y dejar de angustiarnos por las consecuencias, no prometen un alivio rápido. Sin embargo, con el tiempo, estas prácticas nos llevan a una libertad que ninguna sustancia o comportamiento podría darnos. Tal y como nos enseñan los Doce Pasos, buscamos a través de la oración y la meditación conocer la voluntad de Dios para con nosotros y que nos diese la fortaleza para cumplirla, confiando en que Dios ya está obrando en formas que no podemos ver.

La indicación de Jesús de dejar que nuestro “sí” signifique un sí y que nuestro “no” signifique un no, se refiere directamente a la integridad espiritual que requiere la recuperación. La adicción prospera en verdades a medias y lealtades divididas. La sanación comienza cuando permitimos que nuestras palabras, acciones e intenciones se alineen. Este tipo de honestidad rara vez es perfecta o inmediata. Se practica

día a día, frecuentemente con humildad y con el apoyo de quienes entienden la lucha en la que estamos.

La buena noticia es que Jesús no nos pide que logremos esta integridad nosotros solos. Él se encuentra con nosotros en nuestra debilidad y nos invita a llevar una vida basada en la gracia más que en nuestro actuar. A medida que seguimos estando presentes, diciendo la verdad y dejando en manos de Dios lo que vamos descubriendo, nuestras vidas, poco a poco, empiezan a reflejar la libertad que Jesús promete. La recuperación no solo se convierte en la abstinencia de viejas conductas, sino en una creciente capacidad de amar a Dios y a los demás con de todo corazón.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿Cómo has empezado a cerrar la brecha entre el comportamiento externo y la honestidad interior? ¿Qué te ha ayudado a lograr esto?
- ¿De qué manera, en tu estado actual de recuperación, te reta o anima la invitación que hace Jesús a vivir desde el corazón?
- ¿En qué manera práctica estás aprendiendo a dejar que tu “sí” y tu “no” reflejen una mayor integridad, un día a la vez?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA Eclesiástico 15:15-20

SAL. RESP. Salmo 119:1-2, 4-5, 17-18, 33-34

SEGUNDA LECTURA 1 Corintios 2:6-10

EVANGELIO Mateo 5:17-37